

Decir que nuestra sociedad está rota se ha convertido en un cliché. Cualquiera que tenga ojos para ver reconoce que los Estados Unidos está polarizado en divisiones profundas e intratables; con poca esperanza de tener un diálogo significativo, y mucho menos civil, entre facciones contendientes. Pero si todo el mundo lo sabe, ¿Por qué nadie da solución a la misma? Podemos nombrar lo que es contrario a la división es decir: "reconciliación", pero ¿Qué es la reconciliación?

Un obstáculo común, y la incompreensión de la reconciliación, es la suposición de que el otro lado es el problema. Uno lo ve regularmente: "Nuestro país está dividido. Es hora de que esas personas dejen de causarla". Aún más inquietante, uno ve la afirmación de que "Si sólo pudiéramos deshacernos de ese grupo de personas, todo estaría bien".

Pero coaccionar a un grupo para que acepte la posición de otro no es reconciliación, es una estratagema falsa para controlar a otros. Aún peor, esto impide que la gente obtenga un mejor y más profundo conocimiento de sí mismo y de los demás, de examinar sus propias contribuciones a la realidad del pecado. Nunca enfrentaré mis propios defectos si siempre tengo un chivo expiatorio. La reconciliación sólo será un arma contra *las personas* que no son tan buenas como yo.

A la luz de este problema es que leo el Evangelio del domingo. En la Transfiguración, Dios primero se manifiesta a través del Cristo transfigurado, y luego proclama la verdad salvadora de que Jesús es Cristo, el Hijo de Dios: "Este es mi Hijo amado, con quien me complazco; Escúchenlo."

Jesús entonces les dice a los discípulos: "Levántate y no tengas miedo." Con esta frase, Jesús no sólo los anima, sino que también les dice que han tenido un momento de conversión. Ellos han visto y escuchado a Dios, y esa visión y palabra los debe conducir al consuelo y a la acción. Liberados del miedo y facultados para la misión, no pueden permanecer en la montaña para deleitarse con esta experiencia, sino que deben descender de nuevo a la actividad cotidiana, animados por la verdad que han visto y oído. ¿Su meta? Reconciliar a todas las personas en Cristo.

La reconciliación auténtica, como se ve en la Transfiguración, es una conversión que requiere aprender lo que nos une. De esta manera, la reconciliación permite a todas las partes unirse en un terreno común, en lugar de obligar a algunos a aceptar los términos de los otros. La persona amorosa de Cristo que es en sí misma tan buena: convoca a todos hacia Él en su gloria hermosa y sufriente.

En la Transfiguración, aprendemos que la reconciliación nunca es acerca de nosotros mismos: se trata de reunirnos con otros para encontrar un fin común: *Dios*. Pero, simplemente porque esta misión no puede ser sobre nosotros, debemos tener cuidado con la tentación de hacer de la reconciliación una conversión de otros a nuestros caminos, más que a la de Dios.

En esta Cuaresma, dejemos que la Transfiguración sea nuestro modelo de reconciliación. Ningún bien terrestre brillará como Cristo. Pero debemos nombrar bienes que reflejen necesidades y deseos universales y profundos, no la avaricia fugaz y partidista. Nunca podremos llegar a ser Cristo, pero podemos imitarlo. Podemos ser cariñosos y santos en nuestro ministerio de reconciliación, atrayendo a la gente no sólo hacia bienes comunes sino también hacia el deseo de cultivar el bien común para los demás. Al transfigurarnos, podemos trabajar para transfigurar el mundo.



*William McCormick, SJ, está en First Studies (estudiando filosofía) en la Universidad de Fordham. Escribe para The Jesuit Post y comenzará su magisterio el próximo año enseñando ciencia política en la Universidad de Saint Louis.*

